

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

Una Navidad Robada

—Supongo que no van a celebrar mucho la Navidad en tu casa —dijo la Sra. Luther Ely mirando por encima de su puerta. Había una sonrisa dulce e hipócrita en su pequeña y delgada boca roja. Sus viejos ojos azules como la porcelana miraban tan inocentemente como los de un bebé, aunque había cierta dureza en ellos. Sus suaves y arrugadas mejillas estaban rosadas y blancas con los verdaderos tintes rubios de su juventud, que nunca había perdido. Ya era una anciana, pero la gente seguía mirándola con ojos de admiración, y probablemente lo haría hasta que muriera. Durante toda su vida, su bocado del mundo había tenido el dulce sabor de la admiración, y ella lo había saboreado con avidez con sus pequeños labios femeninos. Esperaba que todo el mundo contribuyera a ello, incluso aquel viejo cuerpo rechoncho, harapiento y desafiante que se erguía en medio del camino. Margaret Poole se había detenido de mala gana para intercambiar cortesías con la señora de Luther Ely. Parecía agresiva. Miró de reajo el rostro rosado y sonriente de la otra mujer.

—No es probable que lo hagamos —dijo, con una voz que la edad había vuelto ronca en lugar de cantarina. Luego dio un paso adelante.

—Bueno, no vamos a hacer gran cosa —continuó la Sra. Ely, con un aire altivo—. Sólo vamos a tener un arbolito

de Navidad para los niños. Flora va a comprar algunas cosas. Dice que hay un surtido muy bonito en la Blanquería.

Margaret emitió una especie de gruñido afirmativo; luego intentó seguir adelante, pero la señora Ely no se lo permitió.

—No sé si te has fijado en nuestras cortinas nuevas — dijo.

¿Que no se fijó? La pobre Margaret Poole, que sólo tenía persianas de papel verde en sus propias ventanas, se había asomado disimuladamente por la esquina de una de ellas y había observado con tristeza, aunque no con envidia, cómo su vecina de enfrente colocaba aquellas elegantes cortinas de encaje de Nottingham y, finalmente, las ataba con lazos de cinta roja.

Margaret habría dado mucho por despreciar la idea, pero era una anciana honesta, aunque no muy dulce.

—Sí, las veo —dijo en pocas palabras.

—¿No te parecen bonitas?

—Bastante —respondió Margaret, con honesto rigor.

—Han costado bastante. Le dije a Flora que me parecía un poco extravagante; pero Sam gana un sueldo bastante bueno. No sé, pero bien podrían tener cosas. Aquellas cortinas blancas de algodón tenían un aspecto horrible

Margaret pensó en las de papel verde. No odiaba a esta otra anciana; la admiraba y la despreciaba a la vez; y esta admiración por alguien a quien despreciaba la enfadaba consigo misma y la avergonzaba. Nunca se sentía a gusto con la Sra. Luther Ely.

La Sra. Ely había salido corriendo de su casa a propósito para interceptarla e impresionarla con su última grandeza: las cortinas y el árbol de Navidad. Estaba segura de ello. Aun así, miró con fina apreciación el delicado rostro rosado de la otra, su gorro de encaje adornado con cintas moradas, su vestido negro con un volado en el ruedo. La bata estaba ajada, pero Margaret no se fijó en eso; la suya era sólo un percal color chocolate. La lana negra de una tarde le resultaba suntuosa. Pensó en lo elegante que le quedaba. La señora Ely aún conservaba su esbeltez y su cintura perfecta. Margaret había perdido todo signo de gracia juvenil; era sólidamente cuadrada y robusta.

La señora Ely había salido corriendo, con las prisas, sin chal; de hecho, el tiempo era lo bastante cálido como para ir sin él. Sólo faltaba una semana para Navidad, pero no había nieve y la hierba estaba bastante brillante en algunos lugares. Había luces verdes en el campo y también en los patios de las casas. Había una suave humedad en el aire que recordaba a la primavera. Casi parecía como si, escuchando atentamente, uno pudiera oír ranas o pájaros azules.

Margaret cruzó la calle decidida hacia su casita, que tenía tejas, pero no estaba pintada, excepto la fachada. Alguien la había pintado de rojo hacía muchos años.

La Sra. Ely, de pie ante su reluciente casita blanca, que tenía incluso una pulcra capotita sobre la puerta principal, gritó, condescendiente, tras ella una vez más: —Iré a verte tan pronto como pueda, después de Navidad. Ahora estamos terriblemente ocupados —dijo.

—Bueno, ven cuando puedas —respondió Margaret. Luego entró entre los secos arbustos de lilas y cerró la puerta con un golpe seco.

Incluso en el patio había oído un estridente clamor de voces de niños procedentes de la casa; cuando se detuvo en la pequeña entrada, era ensordecedor.

—Esos niños están provocando a Caín —murmuró.

Entonces abrió la puerta de la habitación donde estaban. Había tres de ellos en un pequeño grupo cerca de la ventana. Sus redondas cabezas amarillas se balanceaban, sus gordas piernas y brazos se balanceaban salvajemente.

—¡Abuelita! ¡Abuelita! —gritaban.

—¡Por el amor de Dios, no hagan tanto ruido! La Sra. Ely puede oírlos en su casa —dijo Margaret.

—Desátanos. ¿No vas a desatarnos ahora? Oye, Abuela.

—Los desataré en cuanto pueda quitarme las cosas.

Dejen de gritar.

En el techo había tres robustos ganchos. Se ataba una cuerda fuerte alrededor de la cintura de cada niño, y los dos extremos se sujetaban firmemente alrededor de un gancho. Las cuerdas eran lo bastante largas como para permitir a los niños moverse libremente por la habitación, pero los mantenían a cierta distancia de un punto peligroso: la estufa. La estufa era el dragón de fuego que atormentaba la vida de Margaret. Muchas noches soñó que una de aquellas enaguas de algodón se había acercado demasiado y las llamas rugían alrededor de una cabecita amarilla. Muchos días, lejos de casa, las mismas imágenes espantosas se habían presentado ante

sus ojos; su viva fantasía había desatado aquellos robustos nudos, y ella había corrido a casa presa del pánico.

Margaret se quitó la capucha y el chal, los colgó con cuidado en la entrada y arrastró una silla de madera bajo un gancho. Era una mujer bajita, y tuvo que estirarse de puntillas para desatar aquellos duros nudos. Su rostro se tiñó de un rojo violáceo.

Este método de restricción fue el resultado de una larga reflexión y estudio por su parte. Había probado muchos otros, que habían resultado ineficaces. Willy, el mayor, sabía hacer nudos como un marinero. Muchas veces la abuela había regresado y encontrado la casa vacía.

Willy había desatado su propio nudo y liberado a sus hermanitas, y luego los tres habían aprovechado al máximo su libertad. Pero ni siquiera Willy, con su agudo cerebro de niño de cinco años y sus ágiles deditos, podía desatar un nudo cuyos dos extremos rozaban el techo. Ahora Margaret estaba segura de encontrarlos a todos donde los había dejado.

Después de dejar a los niños en libertad, les preparó la cena y la colocó ordenadamente sobre la mesa, entre las ventanas. Había un bonito mantel blanco y brillaban las seis cucharitas de plata. Las cucharitas eran la marca de una avalancha de aspiraciones de Margaret, y ella había tenido aspiraciones toda su vida. Se las había regalado a su hija, la madre de los niños, al casarse. Ella nunca había tenido un pedazo de plata, pero estaba decidida a regalárselo a su hija.

—Voy a hacer que tengan cosas como los demás niños — había dicho.

Ahora la hija había muerto, y ella tenía las cucharas. Consideraba que usarlas a diario era un lujo casi pecaminoso, pero las sacaba en su pesado vaso de cristal cada vez que comían.

—Voy a hacer que los niños aprendan a comer con cucharas de plata —le dijo a su padre, desafiante—; Esto hará que piensen mejor de sí mismos.

El padre, Joseph Nieve, estaba tratando de ganarse la vida en la ciudad, a cien millas de distancia. Él mismo era muy joven, y hasta entonces no había demostrado mucha capacidad para los negocios, aunque era bueno y voluntarioso. Habían sido muy pobres antes de la muerte de su esposa; desde entonces no había podido hacer mucho más que alimentarse y vestirse. De vez en cuando enviaba algunos dólares a Margaret, dólares que había ahorrado y escatimado lastimosamente para acumular, pero la carga de su manutención había recaído sobre ella.

Había cosido alfombras y ayudado en las limpiezas de primavera, todo lo que podía hacer. Margaret era sastre, pero ahora no conseguía trabajo en su oficio. En aquellos días, todos los chicos vestían ropa de tienda. Margaret sólo conseguía unos céntimos cada vez, pero aun así se las arreglaba para mantener a los niños cómodamente, con un techo y algo que comer. Sus mejillas eran gordas y sonrosadas; eran ruidosos, felices, y también bonitos. Aquella noche, después de acostar a los niños, se asomó a la ventana de la cocina y contempló la casa de la

señora Luther Ely. Había dejado la vela en la habitación de los niños (los pequeños tenían miedo sin ella) y aún no había encendido una para sí misma; de modo que podía ver con bastante claridad, aunque la noche era oscura. Había luz en el salón de la casa de enfrente; las cortinas de encaje de Nottingham mostraban finamente su dibujo de hojas y flores. Margaret las miró.

—Es inútil que intente subir un peldaño —murmuró—.

Para algunas personas no sirve de nada. No han trabajado más duro que yo. Luther Ely nunca ha empezado a trabajar tan duro; pero pueden tener cortinas de encaje y árboles de Navidad.

Las palabras sonaron envidiosas. Sin embargo, no lo era; los acontecimientos posteriores lo demostraron. Su intento de subir un peldaño lo explicaba todo. La señora Luther Ely, las cortinas de encaje y el árbol de Navidad eran como tres estrellas colocadas en aquella 'muesca' más alta, que había parecido casi alcanzable. En aquella casa de enfrente sólo había una alfombra; Margaret podría haber esperado una alfombra. El yerno de la señora Ely sólo se ganaba la vida cómodamente para su familia; la de Margaret podría haberlo hecho. Lo peor de todo era que cada mujer tenía una hija, y la de Margaret había muerto.

Margaret había sido ambiciosa toda su vida. Había luchado una y otra vez. El oficio de sastre era una de aquellas luchas. Se había propuesto tener cosas como los demás. Luego se casó y su marido se gastó su dinero. Un fracaso tras otro. Retrocedió una y otra vez en el camino hacia el peldaño más alto. Y aquí estaba esta

noche, vieja y pobre, con estos tres niños indefensos que dependían de ella.

Pero sintió algo más que ambición decepcionada mientras contemplaba la noche.

—Están los niños —continuó—. No pueden tener nada para Navidad. No tengo ni un céntimo que me sobre. Si les puedo dar de comer, tengo suerte.

Luego se dio la vuelta y encendió una lámpara. Tenía que coser algo para los niños y estaba sentada con ello cuando se detuvo de repente y se puso a reflexionar.

—Tengo ganas de ir a la Blanquería y ver qué tiene preparado para Navidad —dijo—. Tal vez Joseph envíe algo de dinero la semana próxima, y si lo hace, tal vez pueda comprarles alguna cosita. Sería un buen plan ver los precios.

Margaret dejó su trabajo, se puso la capucha y el chal y salió, cerrando bien la casa y la puerta de la habitación donde estaba la estufa.

A sus ojos, la tienda del pueblo en la que entró era un verdadero emporio de belleza y riqueza. Contempló con asombro y anhelo los adornos de hojas perennes, las trompetas y tambores colgantes, los mostradores repletos de juguetes baratos. Preguntó respetuosamente el precio de esto y aquello, algunas cosas menos pretenciosas que otras. Pero todo estaba fuera de su alcance. También podría haber preguntado por diamantes y bronces. Mientras miraba, aspirando el olor a siempreviva y barniz nuevo, que para ella era el perfume de la Navidad, por su plenitud de paz y alegría,

entró Flora Trask, la hija de la señora Ely. Margaret salió rápidamente.

“Verá que no compré nada”, pensó.

Pero Margaret Poole volvió al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente por la mañana, por la tarde y por la noche.

—No sé, pero puede que quiera comprar algunas cosas dentro de poco —le dijo al dueño, disculpándose—, y pensé que me gustaría ponerles precio.

Se quedó mirando, preguntando y tocando tiernamente.

Joseph no enviaba ninguna carta con dinero. Preguntó ansiosamente en la oficina de correos muchas veces al día. Intentó conseguir trabajo para reunir un poco de dinero extra, pero no lo consiguió en esta época del año.

Visitó a la Sra. White, la esposa del tendero, y le preguntó con desesperada esperanza si no tenía trabajo de sastre para ella. Había cuatro niños en aquella familia. Pero la señora White negó con la cabeza. Era una buena mujer.

—Lo siento —dijo—, pero no tengo ni un céntimo. Los chicos no llevarían ropa hecha en casa.

Miró con lástima la cara desencajada y decepcionada de Margaret cuando salió.

Por último, aquellos animales de azúcar y madera, aquellas muñecas de cara rosada y cuerpo erguido, aquellas trompetas de hojalata y aquellos carros expresos, eran para Margaret lo que las manzanas hermosas que colgaban del muro del jardín eran para los hijos de Christiana en El progreso del peregrino.

Miró y miró hasta que por fin la vista y el olor fueron demasiado para ella.

La tarde antes de Navidad, fue a la oficina de correos. Había llegado el último correo y no había ninguna carta para ella. Luego siguió hasta la tienda. Era bastante temprano y aún no había muchos clientes. Margaret empezó a mirar a su alrededor como de costumbre. Llevaba unos diez minutos en la tienda cuando de repente vio un paquete en la esquina de un mostrador. Estaba bien atado. Evidentemente pertenecía a una de las personas que en aquel momento estaban vendiendo en la tienda o iba a ser entregado fuera más tarde. El señor White no estaba; dos de sus hijos y un empleado atendían a los clientes.

Margaret, una vez atraída por este paquete, no pudo apartar los ojos de él durante mucho tiempo. Lo miró de reojo entre las demás mercancías. Sus pensamientos se centraron en él y en su imaginación. ¿Qué podría contener? ¿A quién pertenecería?

Margaret Poole siempre había sido una mujer honesta. En toda su vida no había tomado nada que no le perteneciera. De pronto experimentó una completa repulsión moral. Era como si sus principios, cuyo peso se había hecho inestable por su larga vigilancia y anhelo, hubieran girado de repente en un salvaje salto mortal. Mientras se daban la vuelta, Margaret, mirando cautelosamente a su alrededor, deslizó el paquete bajo el brazo, abrió la puerta y se marchó a casa.

Hacía mejor tiempo en Navidad que hacía una semana. Había una fina capa de nieve y el aire era claro y frío.

Margaret jadeaba mientras caminaba. La nieve crujía bajo sus pies. Se encontró con mucha gente que se apresuraba en grupos parlanchines. Se preguntó si verían el paquete que llevaba bajo el chal. Era bastante grande.

Cuando entró en su casa, se apresuró a encender la luz. Luego desató el paquete. Había en él algunos gatos y pájaros de azúcar rosa, dos caballos de hojalata y un pequeño carromato, una muñeca barata y algunos brillantes libros ilustrados, además de un papel de caramelos.

—¡Caramba! —dijo Margaret—. ¡Quedarán encantados! Un violento escalofrío nervioso recorrió su corpulento cuerpo.

—¿Por qué no puedo quedarme quieta? —dijo.

Sacó tres de los calcetines de los niños, los llenó y los colgó junto a la chimenea. Luego acercó una silla a la estufa y fue al escritorio a buscar su Biblia: siempre leía un capítulo antes de acostarse. Margaret no iba a la iglesia; nunca decía nada al respecto, pero tenía un tipo de religión persistente y reticente. Tomaba la Biblia, la dejaba en el suelo y volvía a tomarla con fuerza.

—No me importa —dijo ella—, no he hecho nada tan terrible. Lo que no se puede ganar cuando alguien está dispuesto a trabajar, hay que tomarlo. Voy a esperar a que pasen las Navidades; entonces iré una tarde a casa de la señora White y le diré: “Señora White, el día antes de Navidad entré en la tienda de su marido y vi un paquete sobre el mostrador y lo tomé sin decir nada a nadie. No habría hecho tal cosa si usted me hubiera

dado trabajo, como le pedí, en vez de salir a comprar cosas para sus hijos y robarle a la gente honrada la oportunidad de ganarse la vida. Ahora, Sra. White, le diré lo que estoy dispuesta a hacer: si me da algo que hacer, le pagaré el doble del precio de las cosas que me llevé y quedaremos en paz. Si no lo hace, su marido tendrá que perderlo". Me pregunto qué dirá a eso. Margaret dijo todo esto con la cabeza echada hacia atrás, en un tono de indescriptible desafío. Luego se sentó con su Biblia y leyó un capítulo.

Al día siguiente, observó la alegría de los niños por sus regalos con una especie de placer sombrío.

Les encargó que no dijeran nada sobre ellos, aunque no era necesario. Margaret recibía pocas visitas y a los niños nunca se les permitía ir a casa de los vecinos.

Dos días después de Navidad, el jefe de correos se detuvo en casa de Margaret: la suya estaba un poco más allá.

Le entregó una carta.

—Esto llegó la mañana de Navidad —dijo—. Pensé en traérsela de camino a casa. Sabía que hacía dos o tres días que no venía y pensé que esperaba una carta.

—Gracias —dijo Margaret. Abrió la carta y vio que contenía dinero. Se puso pálida.

—Espero que no tenga malas noticias —dijo el jefe del correo.

—No, no tiene —. Cuando él se hubo ido, ella se sentó y leyó su carta con las rodillas temblándole.

Joseph Nieve había conseguido por fin una buena situación. Ganaba cincuenta dólares al mes. En la carta

había veinte dólares. Prometió enviarle esa suma todos los meses.

—¡Cinco dólares a la semana! — jadeó Margaret—. ¡Cielos! Y he robado...

Se quedó sentada, mirando el dinero que tenía en el regazo. Era muy tarde; los niños llevaban mucho tiempo en la cama. Finalmente, guardó el dinero y se acostó. Aquella noche no leyó la Biblia. No

podía dormir. Hacía mucho frío. Las viejas vigas de la casa crujían. De vez en cuando se oía un ruido agudo, como el de una pistola. Cerca de la casa había un estanque del que salían grandes estruendos. Por el ruido, Margaret podría haber estado en medio de un bombardeo, al que su propia culpa la había expuesto. —No es más que la escarcha —se decía a sí misma. Hacia las tres, vio un resplandor rojo en la pared opuesta a la ventana.

—Me lo estoy imaginando —murmuró. o quería darse la vuelta para mirar a la ventana. Finalmente lo hizo. Se levantó de un salto y corrió hacia ella. La casa donde vivía la señora de Luther Ely estaba ardiendo.

Margaret se cubrió la cabeza con un edredón, abrió la puerta y salió volando.



—¡Fuego! ¡Fuego! —gritó—. ¡Fuego! ¡Fuego! Oh, Sra. Ely, ¿dónde está? ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Sam! ¡Sam Trask, estás ardiendo! ¡Flora! ¡Oh! ¡Fuego! ¡Fuego!

Cuando salió a la carretera, vio grupos negros moviéndose a lo lejos. Gritos roncós siguieron a sus gritos. Entonces sonó la campana de la iglesia.

Flora estaba de pie en la carretera, abrazada a sus hijos. Todos lloraban.

—¡Oh, señora Poole! —sollozaba—. ¿No es espantoso? ¿No es horrible?

—¿Has sacado a todos los niños? —preguntó Margaret.

—Sí; Sam me dijo que me quedara aquí con ellos.

—¿Dónde está tu madre?

—No lo sé. Ella está a salvo. Ella se despertó primero —la joven giró los ojos desorbitados hacia la casa y gritó—.

¡Ahí está!

La Sra. Ely salía corriendo por la puerta principal con una caja en la mano. Su yerno se tambaleó tras ella con una mesa al hombro.

—No vuelvas a entrar, madre —le dijo.

Había otros hombres ayudando a sacar la mercancía, y se sumaron.

—No es seguro. ¡No vuelva a entrar, Sra. Ely!

Margaret corrió hacia ella.

—Esas cortinas —jadeó—, y la alfombra del salón, ¿las has sacado?

—¡Oh, no lo sé! ¡No lo sé! Me temo que no. No han sacado nada. ¡Todo se está quemando! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¿Adónde vas?

Margaret había entrado corriendo en la casa. Iba a entrar en el salón cuando un hombre la agarró.

—¿A dónde vas? —gritó—. ¡Sal de aquí!

—Voy a quitar esas cortinas de encaje y la alfombra.

—No sirve de nada. Nos quedamos ahí dentro todo el tiempo que pudimos, intentando levantar la alfombra; pero no pudimos aguantar más; está lleno de humo —el hombre lo gritó y la arrastró con él al mismo tiempo—.

¡Allí, mire eso!

Había un destello de fuego dorado en una de las ventanas del salón. Luego ardieron aquellas cortinas de encaje.

—¡Mire! —volvió a decir el hombre—. Le dije que no servía de nada.

Margaret se volvió contra él. Había muchos otros hombres a su alcance.

—Pues yo no lo contaría —dijo en voz alta—. Si yo fuera un grupo de hombres robustos y capaces, y no hubiera podido sacar esas cortinas y esa alfombra antes de que se quemaran, no lo contaría.

Flora y los niños habían sido llevados a una de las casas vecinas. La Sra. Ely seguía de pie en el aire helado, agarrada a su caja y lamentándose. Su yerno se esforzaba por convencerla de que entrara en la casa donde estaba su hija. Margaret se les unió.

—Yo iría si fuera usted, Sra. Ely —dijo.

—No, no voy a ir. No me importa dónde esté. Me quedaré aquí en el camino. ¡Oh, Dios mío!

—No te pongas así.

—Sólo me queda mi mejor gorra. La saqué. ¡Ay, caramba! ¡Ay, caramba! Todo se quemó menos esta gorra. Es todo lo que me queda. Me la pondré, me sentaré aquí en la carretera y moriré congelada. A nadie le importará. ¡Oh, Dios! ¡Cielos! ¡Cielos!

—Oh, no lo haga, Sra. Ely —entonces Margaret, casi rígida por el frío, puso la mano en el brazo de la otra mujer. En ese momento se derrumbó el techo de la casa en llamas. Hubo un gemido estridente de los espectadores.

—Ven, madre —suplicó Sam cuando se quedaron mirando un momento.

—Sí, vaya, Sra. Ely —dijo Margaret—. No debe sentirse así.

—Es muy fácil hablar —dijo la Sra. Ely—. No es tu casa; y si lo fuera, no habrías tenido mucho que perder; nada más que un montón de sillas y mesas viejas de madera.

—Lo sé —dijo Margaret.

Finalmente, la Sra. Ely se puso en marcha y Margaret se apresuró a volver a casa. De pronto pensó en los niños y en el dinero. Pero los niños no se habían despertado en todo aquel tumulto, y el dinero estaba donde ella lo había dejado. No volvió a acostarse, sino que se sentó a pensar en la cocina, con los codos apoyados en las rodillas, hasta que amaneció. Cuando llegó la mañana, había trazado un plan de acción.

Aquella tarde, tomó parte de su dinero, fue a la tienda del Sr. White y compró unas cortinas de encaje de Nottingham como las que habían perdido sus vecinos. Eran de la misma pieza. Esa tarde fue a visitar a la

señora Ely y se las presentó. Intentó enviar el paquete de forma anónima, dejándolo en la puerta, pero no pudo.

—No me mortificará tanto como si fuera al revés —dijo—, y debería mortificarme.

Así que llevó las cortinas y se encontró con una expresión de gratitud y una realidad de asombro e incredulidad que la avergonzaron más allá de toda medida.

Aquella noche, al llegar a casa, tomó la Biblia y la dejó en el suelo.

—Aquí he estado hablando y preocupándome por subir un peldaño más —dijo—, y despreciando a la señora Ely cuando la veo. La señora Ely no habría robado. No soy nada a su lado ahora, y nunca podré serlo.

El plan que Margaret había trazado para enfrentarse a la Sra. White nunca se llevó a cabo. Su espíritu desafiante le había fallado.

Un día estaba allí y volvió a suplicar trabajo.

—Estoy dispuesta a hacer casi cualquier cosa —dijo—. Iré a lavarle la ropa, o lo que sea, y no quiero que me paguen.

La señora White se marchaba al día siguiente y no tenía trabajo que darle a la anciana; pero le ofreció algo de combustible y algo de dinero.

Margaret la miró con desprecio.

—Tengo dinero suficiente, gracias —dijo—. Mi hijo me envía cinco dólares a la semana.

La otra mujer la miró con asombro. Aquella noche le dijo a su marido que creía que Margaret Poole estaba un poco inestable. No sabía qué pensar de ella.

Poco después, Margaret entró en la tienda del Sr. White y dejó disimuladamente algo de dinero sobre el mostrador. Sabía que era suficiente para cubrir el costo de los artículos que había robado. Luego se marchó y lo dejó allí.

Aquella noche fue en busca de su Biblia.

—Esta noche leeré —murmuró—. Ya he pagado —se quedó mirándola. De pronto se echó a llorar—. ¡Oh, Dios! No puedo, no hay nada que me haga bien, ni las cortinas de encaje, ni pagar, ni nada. No sé qué haré.

Miró el reloj. Eran cerca de las nueve.

—Aún no se habrá ido —dijo, y se quedó inmóvil pensando—. Si voy a ir, tengo que hacerlo ahora.

Sin embargo, no se puso en marcha hasta pasado un rato. Cuando lo hizo, ya no dudó. Ningún argumento podría haber detenido a Margaret Poole, con su vieja capucha y su chal, subiendo por el camino, muy decidida en su cometido. Cuando llegó a la tienda, entró directamente. La pesada puerta se cerró de golpe y los paneles de cristal repiquetearon. El señor White estaba solo en la tienda. Estaba empaquetando algunos artículos antes de cerrar. Margaret se acercó a él y le tendió un paquete sobre el mostrador.

—He traído estas cosas —dijo—. Le pertenecen a usted.

—¿Por qué? ¿Qué es? —dijo el Sr. White, asombrado.

—Algunas cosas que robé en Navidad para los niños.

—¿¡Qué!?

—Las robé.

Desató el paquete y empezó a sacar las cosas una a una.

—Aquí está todo menos los caramelos —dijo—; los niños se los comieron; y Aggie le arrancó la cabeza a este gato rosa el otro día. Además, han destrozado este caballito. Pero los traje a todos de vuelta.

El Sr. White era un hombre mayor, de rostro amable. Parecía palidecer lentamente de asombro mientras la miraba a ella y a los artículos que exhibía.

—¿Dices que los robaste? —dijo.

—Sí, los robé.

—¿Cuándo?

—La noche antes de Navidad.

—¿No te los dio Henry?

—No.

—Porque yo le dije que lo hiciera —dijo el Sr. White lentamente—. Yo mismo te los prepararé aquella tarde. Te había visto con cara de deseo y pensé en regalártelos. Dejé el paquete en el mostrador cuando me fui a cenar, y le dije a Henry que te dijera que lo tomaras, y supuse que lo había hecho.

Margaret se quedó mirando. Tenía la boca abierta y las manos apretadas.

—No sé a qué se refiere —jadeó al fin.

—Quiero decir que no has estado robando tanto como creías —dijo el Sr. White—. Sólo tomaste tu propio paquete.